

¡AMOR!

Querida Fernanda, aprendimos a vivir juntos por las aceras y los soportales en una sucesión de elevadas promesas, de palabras en sintonía, de cómplices miradas y de manos entrelazadas hasta que un día -¡el gran día!- ante el altar, el Señor y el sacerdote oficiante, con el templo abarrotado de invitados e impecablemente engalanado, las campanillas del “¡sí quiero!”, retumbaron con tremendo eco en el interior de la iglesia de nuestro pueblo, donde un halo de luz consiguió penetrar entre las vidrieras aquel 8 de septiembre, confiriéndonos un aspecto celestial.

Ya han transcurrido cuarenta abriles, en los que se han intercalado días melancólicos con otros de alegría desbordante...

Seguimos acariciándonos nuestras pieles; a decir verdad, ya no tan tersas como cuando éramos mucho más jóvenes. Pero el sentimiento de **amor** es si cabe mayor. Caricias y abrazos llenos de calor, de pasión. Pasión que sigue surgiendo de nuestro más que asentado **amor**.

Y es que el **amor** es esa especie de magia que nace con una mirada, que hace palpar aceleradamente el corazón, el cual manda descargas por todo el cuerpo. Se siente como un intenso revoloteo en el estómago, como si mil mariposas extendiesen sus alas a la vez. El **amor** se siente porque sale de los poros, mientras que hace que toda la piel se erice. El **amor** hace que en los ojos nazca un brillo que antes no se tuvo y que jamás se podrá ocultar.

Mi mente sólo piensa en una cosa: en dar cada vez el beso más fogoso del mundo a quien es capaz de provocarme tanto **amor**; ni que decir tiene que a ti, mi amada Fernanda.

Mis ojos únicamente son posibles si los miras tú. Mis manos sólo existen si las tocas tú. Mi vida cobra vida cuando la enciendes tú. Mi punto de partida eres sólo tú. Mi único destino sigues siendo sólo tú. Mi cuerpo toma aliento si lo cubre tu cuerpo. Hoy seguimos aquí, donde todo empezó como dos fuegos, sin dejar de arder...

¡Te escucho cómo hablas en sueños de momentos placenteros que hemos vivido a lo largo y ancho de los años!

En su día comenzamos a escribir letra a letra, palabra a palabra, frase a frase, párrafo a párrafo, página a página, capítulo a capítulo, nuestro bello libro del eterno **amor** que profesamos...

La vida puede dar muchas vueltas, y de hecho las da. Pero el **amor** es lo único que permanece. El **amor** es el que engendra vidas. El que teje relaciones. El que da sentido a nuestra existencia.

Mira, Fernanda, si quieres que te sea sincero, ¡se me revuelven las tripas cuando oigo a alguien decir que el **amor** es algo cursi, pasado de moda...!

Algunas veces sueño con encontrar siquiera una flor que no quede marchitada ante la impresionante beldad que atesoras. ¿Y para qué te voy a regalar las estrellas que ahora mismo nos observan con detenimiento desde el cielo, si ellas se quedan sin brillo ante lo resplandeciente de tu mirada?

El **amor** que siento por ti, Fernanda, está elevado a la máxima potencia. Nuestras vidas están rodeadas de guarismos por todas partes. Y el signo más claro del **amor** que profesamos lo representa un quebrado: ¿acaso el **amor** no nos divide...? Nuestro **amor** es una ecuación con millones de incógnitas, expresiones algebraicas, sin ni siquiera un corchete o paréntesis donde aislar sentimientos.